

SANZ CAMAÑES, Porfirio, *Los ecos de la Armada. España, Inglaterra y la estabilidad del Norte (1585-1660)*, Madrid, Sílex, 2012, 443 págs., ISBN: 978-84-7737-570-8.

No es frecuente en la historiografía española la edición de sólidos ensayos y tan consistentes sobre las relaciones bilaterales en la Edad Moderna; por eso hemos de felicitarnos de la aparición del trabajo del profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha, Porfirio Sanz Camañes. Fruto de años de trabajo, la obra aglutina anteriores publicaciones del autor (*Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII. Razón de estado y relaciones de poder durante la Guerra de los Treinta Años 1618-1648*, Cuenca, 2002; “España e Inglaterra: conflicto de intereses y luchas de poder entre 1585 y 1604” en *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*, Madrid, 2005, etc.) y las supera con creces para ofrecer a los lectores una vivida interpretación de las relaciones entre España e Inglaterra desde mediados del siglo XVI –aunque en el título aparezca 1585, el tema se rastrea desde antes– hasta la vuelta al trono de san Jorge de los Estuardo. En ella se despliega, no sólo el análisis de las relaciones internacionales a la manera clásica sino que hay cabida para los diversos enfoques que nos permiten hablar de una nueva historia de las diplomacia en las que, sin olvidar los despachos de estado, los tratados o los informes de los embajadores, se profundiza también en las campañas de propaganda y en esa amplia producción cultural clave a la hora de crear imágenes –estereotipadas si se quiere– que tanto peso tuvieron a la hora de reconocer al otro. En este sentido, Sanz Camañes recupera y ofrece tanto los materiales que sirvieron para ir confeccionando la Leyenda Negra de los españoles en las islas como los que el teatro o la panfletística hispana difundieron en agravio de la “Pérfida Alción”. Asimismo, aborda temas, *a priori* colaterales pero que, en realidad, estaban en el corazón mismo de esta cuestión como fueron los colegios de exiliados británicos en España que él, poéticamente, denomina “la armada espiritual”.

Y para ello Porfirio Sanz emplea con gran profusión y acierto tanto la bibliografía pertinente como el material de archivo. Gran conocedor de la sección de Estado de Simancas y de los papeles del Public Record Office, a estas fuentes se suman otras aportaciones –Real Academia de la Historia (RAH), Archivo Histórico Nacional (AHN), British Library...–, lo que proporciona al libro un bagaje documental de primer orden y permite que hablemos, no de una obra de síntesis, aunque mucho y bueno hay sintetizado, sino de un trabajo de investigación riguroso en el que, como el título sugiere, la Gran Armada tiene un carácter central, no tanto por el desarrollo de la batalla en sí –resumida con excelencia maestría en las páginas 130-138– sino por todo lo que a través de ella se analiza. De hecho, de las más de cuatrocientas páginas del libro, casi doscientas están dedicadas a la política exterior de Felipe II, antes, durante y después de la jornada de 1588.

Por lo que a la estructura del libro se refiere, éste se articula en seis capítulos, siendo el primero una presentación general en la que se expone el contexto de las relaciones bilaterales entre Londres y Madrid desde la sublevación flamenca de 1568 hasta la expulsión de la corte inglesa del embajador español, Bernardino de Mendoza, y las conquistas de Farnesio en Flandes en el verano de 1585. Asimismo, se nos introduce en las cuestiones de la diplomacia, tanto secreta como pública, y en los grandes ejes vertebradores de las políticas exteriores que, cada vez más dispares, condujeron a un

paulatino deterioro de las relaciones entre ambos países y propiciaron un acercamiento anglo-francés (pág. 33). Es lo que Sanz denomina “tiempo de desencuentros” y que ilustra a la perfección en el apartado de imágenes y contra-imágenes de España y los españoles en el que se explican las raíces del antihispanismo inglés, ideología que recorrerá ya con fuerza todo el periodo estudiado.

Una vez conducido el lector al contexto propio de la época, el capítulo segundo se centra en realizar una precisa disección y detallada radiografía de los años clave del enfrentamiento hispano-inglés. Huyendo de tópicos maniqueos o de creencias firmemente arraigadas, incluso, en textos académicos, el narrador va desmenuzando el porqué de la expedición española. Cómo se fue gestando una convicción, encarnada paradigmáticamente en don Álvaro de Bazán, de que la guerra defensiva, a la larga, comportaba mucho más costos que los que podía comportar una empresa ofensiva, aunque fuera tan arriesgada como la propia invasión de las Islas (pág. 109). Una vez asumida esta idea, la única duda giraba en torno al cómo y al cuándo, y estas incógnitas se fueron resolviendo al albur de los acontecimientos, que no siempre estuvieron de lado español. De hecho, Porfirio Sanz es tajante cuando afirma que en el operativo naval de la Armada estuvo muy vigente el concepto medieval de la Marina –triunfante en Lepanto pocos años antes– y que fue, precisamente, su fracaso el que obligó a Felipe II a reformar la estructura naval española, reforzando la flota y ampliando la utilización del corso. Pero el autor también reconoce que, del proyecto inicial del marqués de Santa Cruz al que se llevó a la práctica bajo Medina Sidonia, mediaba un abismo, pues de los más de quinientos barcos –de ellos ciento cincuenta buques gruesos de guerra– se pasó a ciento treinta navíos, la mitad de ellos de guerra. En definitiva y, a pesar de las voces milenaristas que auguraban el triunfo del catolicismo romano, lo que se desprende de la obra es que resulta totalmente impropia la imagen, tan querida en los libros de texto británicos, de un David anglosajón frente a un Goliat mediterráneo. La escuadra inglesa era tan capaz o más que la española y, al menos en potencia artillera, la superaba.

Ahora bien, ajustado esto, la duda que se plantea es cómo se debe considerar la empresa de Inglaterra si como un desastre, una derrota o un fracaso. El autor se inclina por esta última definición pues, en estrictos términos militares, no puede hablarse de derrota ni, como los acontecimientos posteriores pusieron de manifiesto, los hechos acaecidos en el Canal en 1588 supusieron el hundimiento del poderío naval español, antes más, obligaron a reforzar las inversiones y mejorar el sistema de defensa a un lado y otro del Atlántico, fruto de lo cual fue un programa de rearme capaz de botar setenta galeones nuevos antes de fin de siglo.

Así pues, con estas premisas es como se abordan los años inmediatamente posteriores a la Armada que son los que se explican en el tercer capítulo. Aquí, sin olvidar los enfrentamientos navales directos, se hace especial hincapié en la guerra cultural: en el teatro y la literatura como propaganda, en el apoyo a la disidencia y, en gran medida, a la cuestión irlandesa. Lope, Calderón, Cervantes o autores de segunda fila como Antonio Coello o Pérez de Montalbán son sabiamente glosados para ofrecer una muestra de cómo la pluma se puso, también, al servicio de la causa. Paralelismo que se comprueba en el caso británico al leer a Heywood, Kyd o Middleton. De todo ello se desprende que la propaganda se convirtió en una dimensión más de la guerra

y que ambos contendientes tendieron a aunar la voluntad de los súbditos a través de una simplificación del enemigo al que los asuntos de religión –protestantismo *versus* catolicismo– permitían identificar con el Maligno. La demonización del otro adquirió, entonces, tintes dramáticos y ayudó a explicar la persistencia en el tiempo de unas fobias que dificultarían enormemente la vuelta a las relaciones pacíficas. Por eso, hasta que los dos grandes símbolos de la pugna, Isabel I y Felipe II, no desapareciesen de la escena, el acercamiento fue, a todas luces químérico y de ahí el mantenimiento de unas hostilidades que, ante la imposibilidad de un desenlace rápido, tendieran a dirimirse en otros escenarios (Flandes, Kinsale...).

No obstante, el relevo generacional y el agotamiento financiero contribuyeron decisivamente a un viraje en las relaciones bilaterales. Aunque lleno de escollos, el proceso de aproximación entre ambas Cortes se fue madurando sin que esta realidad impidiese que, en más de una ocasión, se temiera por una nueva ruptura, pues los elementos de disputa fueron, muchas veces, más concluyentes que los que abogaban por la reconciliación. Aun así y gracias, entre otros, a los buenos oficios del Condestable, se llegó a la paz de Londres de 1604, acontecimiento que –como certamente se recuerda– “suscitó una enorme polémica y fue objeto de no pocas controversias en toda Europa” (pág. 259). De todas formas, la paz no ahogó la desconfianza y sucesos como la conspiración de la Pólvora vinieron a demostrar cuán precarias seguían siendo dichas relaciones. De hecho, si en Inglaterra se discriminaba a los católicos en la Península Ibérica se recortaba la capacidad de actuación de los mercaderes isleños con las consabidas quejas por parte de los embajadores. Y en este sentido, la figura del conde de Gondomar –central en el capítulo cuarto– es clave para entender el lento tránsito de una oposición frontal a una posible alianza sellada, incluso, según se pretendió en la época por algunos sectores, minoritarios, de ambas Cortes, con una boda real. Sin embargo, la proposición de que la mayor potencia católica pudiese formar una estrecha alianza con el país protestante más importante –evitando así una posible conflagración bélica– nunca cuajó. A pesar del empeño personal de algunos dirigentes, “los obstáculos religiosos pudieron con las buenas intenciones de los políticos más implicados” (pág. 325) y de esta manera se pasó, con bastante celeridad de las “mieles a las hieles” como titula Sanz con gran acierto.

De esta forma se entra en el último capítulo, quizás el menos profundo, que ofrece una interesante visión de las relaciones hispano-británicas en el crucial periodo del reinado de Carlos I, la Guerra Civil y el gobierno de Cromwell. Partiendo de las instrucciones del embajador Cárdenas en las que se repasaban los principales asuntos a tratar en aquella Corte, se desgrana la evolución de los contactos bilaterales y las dificultades de la diplomacia española ante lo que se califica como “política de péndulo” de los Estuardo (p. 353) y las nuevas realidades británicas como la rebelión escocesa y, muy pronto, la Guerra Civil. Una Guerra Civil que es abordada desde la perspectiva del informe que un experimentado don Alonso de Cárdenas escribía para Felipe IV una vez retirado de su legación en 1655 y en el que se constata la ambigua posición española, posiblemente para sacar partido de una negociación con ambos bandos. Esta indefinición que, incluso admitió un acercamiento al Lord Protector, el regicida, se vio totalmente frustrada tras la alianza franco-británica y la puesta en marcha de la *Western Design*, operación diseñada para golpear las Antillas españolas

y que culminaría con la ocupación de Jamaica. La nueva guerra, que duraría hasta 1660, terminaría con la entronización de Carlos II y la reapertura de relaciones diplomáticas que se reforzarían tras la muerte del monarca hispano y el nombramiento del conde de Molina como embajador en Londres, referencia con la que acaba el libro.

En definitiva, Porfirio Sanz presenta en un documentado ensayo, una visión muy completa y compleja de las relaciones entre Madrid y Londres en un periodo de especial trascendencia para ambos países y cuyos ecos van más allá de las fechas en que se enmarcan. Un extraordinario esfuerzo con una visión certera y precisa de lo acontecido que nos permite conoce mejor.

Magdalena de Pazzis Pi CORRALES
Universidad Complutense de Madrid